

«Vuelve atrás, así no te perderás»

Nuestra Señora de La Salette nos llama a la conversión.

P. Abner Hubertus MSF

Al principio...

Había un mensaje de Nuestra Señora de La Salette sobre la conversión con el que hoy todos estamos muy familiarizados. ¿Por qué la Virgen María, hace 180 años, descendió voluntariamente a la tierra y se apareció para anunciar un mensaje importante y urgente sobre la conversión? Una de las principales razones fue que (aquí me limito a citar un pasaje que se refiere precisamente a nuestra identidad), porque:

«Los sacerdotes, ministros de mi Hijo, los sacerdotes, con sus vidas malvadas, con su irreverencia y su impiedad en la celebración de los santos misterios, con su amor al dinero, su amor a los honores y a los placeres, los sacerdotes se han convertido en pozos de impureza. Sí, los sacerdotes están invocando la venganza, y la venganza está a punto de caer sobre ellos. ¡Ay de los sacerdotes y de aquellos que se han consagrado a Dios, quienes, con su infidelidad y su vida malvada, están crucificando de nuevo a mi Hijo! Los pecados de quienes se han consagrado a Dios claman hacia el Cielo e invocan venganza, y ahora la venganza está a su puerta, pues ya no queda nadie que implore misericordia y perdón por el pueblo. Ya no hay almas generosas, no ha quedado nadie digno de ofrecer un sacrificio sin mancha al Eterno por el bien del mundo. Dios castigará de un modo sin precedentes.»

Nuestra respuesta inmediata y espontánea al mensaje citado anteriormente, es decir: «¡Convirtámonos!». En verdad, precisamente como miembros de los MSF, promovemos y transmitimos este mensaje de conversión, e incluso animamos siempre con vigor a los fieles a tenerlo muy presente. Entonces, ¿por qué motivo debemos seguir reflexionando sobre la conversión, algo que ya es tan claro y tan fácil de comprender para nosotros? La respuesta a esta pregunta es otra pregunta: entonces, si se trata de algo claro y sencillo, fácil de explicar, debo preguntarme: ¿he recibido el sacramento de la Reconciliación con fidelidad y regularmente? ¿O quizá la verdadera pregunta es: me he convertido de verdad?

Mientras la vida sigue adelante...

“Closed mouth gets no feed” – «Con la boca cerrada no se recibe alimento». Esta es una expresión que se utiliza para decir que, si uno permanece en silencio, no recibirá ninguna respuesta. Por eso, aunque algo ya esté claro, igualmente merece la pena preguntarnos qué es exactamente este acto: la «conversión». Podemos echar un vistazo a los términos utilizados para describir este acto en nuestras respectivas lenguas; quizá a partir de ellos podamos encontrar un significado que vaya más allá del marco teológico cristiano. Pero hay otra pregunta que quisiera proponerles: ¿Por qué este acto es tan urgente e importante para nosotros, los cristianos, o quizá sería mejor decir, para la humanidad? En realidad, el acto de la conversión no es un concepto exclusivamente cristiano; de hecho, hay que tener presente que el término utilizado en hebreo para este acto no está en absoluto ligado a una especie de obligación religiosa, sino que representa más bien un comportamiento natural del ser humano.

En el Antiguo Testamento, el término hebreo utilizado para el verbo «convertirse» es šûb. Este término tiene varios significados en su uso y se aplica a diversos sujetos (normalmente personas,

pero también Dios, animales e incluso objetos). Su significado fundamental es: haberse movido inicialmente en una determinada dirección y luego cambiar de dirección para avanzar en sentido contrario, lo que (si no se especifica otra cosa) significa regresar al punto de partida original. Por lo tanto, se puede decir que este verbo posee una dimensión espacial y física.

Así pues, si hablamos del camino —y, de hecho, la vida es precisamente un camino—, entonces la conversión es una reacción muy lógica, normal y natural. Si me doy cuenta de que este camino realmente conduce en la dirección equivocada, entonces regreso al punto de partida para poder comenzar de nuevo, buscando y eligiendo el camino correcto (este mismo motivo también aparece en la historia del hijo pródigo en Lc 15).

Pero ¿debo cambiar algo en mi vida? Considerando el camino que mi vida me ha llevado a recorrer hasta este momento, no siento que deba cambiar nada; estoy en paz con este recorrido. Estoy convencido de que Dios camina a mi lado, por lo tanto, no me siento perdido; en consecuencia, no siento la necesidad ni la urgencia de convertirme. Pero ¿significa eso que sigo siendo un seguidor de Cristo, que sigo siendo católico, religioso, sacerdote? Sí, probablemente todavía sea así; podría decir fácilmente que sigo siendo religioso (y sacerdote). ¿Es realmente así? ¿O quizá me siento feliz y en paz con este estilo de vida que llevo porque, sencillamente, «mi corazón se ha endurecido, mis oídos se han vuelto sordos, mis ojos están cerrados y ya no soy capaz de cambiar de camino, de convertirme» (cf. Mt 13,15)?

La conversión no consiste únicamente en ir a confesarse y recibir el perdón. Porque, después de ese momento, debemos seguir recorriendo el camino: «Vete y desde ahora no peques más» (Jn 8,11). Hay una acción concreta que sigue a la recepción del sacramento de la reconciliación; hay una dimensión física y espacial que demuestra el cambio. Porque, ¿qué significa ser humano si no se es capaz de poner en práctica algo tan sencillo como la palabra šûb? ¿Qué significa ser un MSF si no se es capaz de vivir el mensaje de conversión de María de La Salette? ¿Qué significa ser un seguidor de Cristo si no se es capaz de seguir el mandato de Jesús: «Conviértanse y crean en el Evangelio» (Mc 1,15)? No debemos olvidar que los votos religiosos se llaman «consejos evangélicos»; por tanto: ¿volvemos realmente atrás y recorremos el camino de nuestros votos? ¡Vivámoslos!

If tomorrow never comes ... (Si mañana nunca llega...)

¿Pero «y si el mañana nunca llegara»? Esta frase es el título de una famosa canción, versionada por Ronan Keating en 2002, con un videoclip que comienza con Keating sentado en una cama, mientras observa a una mujer que duerme a su lado. Luego sale de casa y, después de caer en la carretera justo delante de un coche que se aproxima, es atropellado por él. Revive la misma escena una y otra vez, como atrapado en un bucle temporal, mientras sigue cantando, algo completamente irreal. Al final, rompe el bucle temporal evitando cruzar la calle y, en cambio, camina por la acera justo delante de la puerta de su casa. Sin duda es una canción romántica, pero si se observa el escenario, se perciben algunos cambios. Por suerte tuvo tiempo de salir de aquel bucle y tomar otra iniciativa.

El Nuevo Testamento utiliza el término griego que indica la conversión: *metanoia*. Su significado literal es «cambiar de mente», transformar la propia manera de pensar. Con ello, ahora tenemos también una dimensión interior de la conversión. «Pero yo pienso que las cosas están bien así. No siento la necesidad de cambiar mi vida o algo en particular de mi vida, así que ¿por qué debería cambiar mi manera de pensar? ¿Realmente lo necesito?»

Volvamos al principio, al mensaje de María en La Salette. En el mensaje citado anteriormente hay una expresión: «Los pecados claman venganza y ahora la venganza está a sus puertas». Este tipo de

advertencia no es una idea nueva originada por la Virgen María; de hecho, el mismo esquema ya estaba presente desde el principio, en el primer libro de la Biblia, cuando Dios advirtió a Caín antes de que finalmente matara a Abel: «Si obras mal, el pecado ya está a tu puerta, deseando dominarte» (cf. Gn 4,7). Se vuelve aún más impresionante si miramos el último libro de la Biblia, donde encontramos el mismo esquema, pero cambia el sujeto: «Mira, yo (Jesús) estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa» (cf. Ap 3,20). Al final de los tiempos, es Jesús quien está a la puerta. Mientras el curso de la historia continúa, desde el principio hasta el fin de los tiempos, ¿hay una especie de cambio de mentalidad en la narración bíblica?

Podríamos ciertamente profundizar mucho más en esta cuestión, pero por ahora intentemos simplemente reflexionar sobre estos tres pasajes —tomados de María, del Génesis y del Apocalipsis— y releerlos varias veces y con mucha atención, tanto desde el punto de vista gramatical como desde cualquier otro aspecto que puedan descubrir al meditarlos personalmente. Tal vez esto pueda servir de inspiración para cada uno de nosotros al abrazar la *metanoia*. ¿Qué surge de estos tres pasajes? ¿Debo cambiar mi manera de pensar? ¿Por qué debería hacerlo?

La pregunta más importante es: ¿cuándo? ¿Y si el mañana nunca llegara? ¿Debo cambiar ahora algunos aspectos de mi vida o no? ¿Puedo confiar en mis propios juicios y sentimientos acerca de mi vida? O, como sigue diciendo el mensaje de La Salette: «Habiéndose olvidado la verdadera fe en el Señor, cada individuo desea ser independiente y sentirse superior a las personas de su propia identidad». Santiago escribió en su carta: «Cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propio deseo» (cf. St 1,14), es decir, siguiendo su propio camino, a su manera, según su propia mente; pero entonces, ¿qué ocurre con el modo y la mentalidad de la vida religiosa, de la vida sacerdotal, de nuestra congregación? Cada uno sigue sus propias ideas y sus propias maneras de actuar. Pero, en la fe, ¿existe un único camino estrecho o más bien múltiples caminos amplios? (cf. Mt 7,13-14; también Jn 14,6).

Como seguidor de Cristo, como católico, como religioso e incluso como sacerdote (*alter Christus* — *imitatio Christi*), ¿necesito el Sacramento de la Reconciliación? ¿Debo convertirme de algo? ¿O más bien me parece simplemente que me comporto bien? ¿O quizá incluso pienso que Dios apreciará sin duda la gran y numerosa obra que he realizado como “obrero en su mies” (cf. Mt 9,38), de modo que Él — que es “manso y misericordioso” (Sal 103,8) — ciertamente no me castigará por las pequeñas faltas y negligencias que he cometido? No siento la necesidad de cambiar nada, porque me basta con no cometer pecados graves y centrarme en trabajar por el Reino de Dios (para este tipo de mentalidad, vuelve a la parábola del fariseo y el publicano en Lc 18,9-14).

Juan el Bautista dijo a los fariseos y saduceos: «Dad frutos dignos de la conversión (metanoias)» (Mt 3,8). Si alguien dice haber cambiado de dirección, pero sigue caminando en la misma dirección, el cambio no es real. El sentimiento de culpabilidad sin cambio es un remordimiento, el cambio sin sentido de culpa es una modificación del comportamiento, mientras que la conversión es ambas cosas: el corazón y los pies que se mueven en la misma dirección (šûb y metanoia); si nada cambia, nada ha cambiado. Volvamos al punto de partida: observemos las pequeñas cosas mencionadas por la Virgen arriba — ¿ha cambiado algo dentro de mí? Si nada cambia, nada ha cambiado. Cambiemos nuestra mente y volvamos nuestros pies, porque...

El fin está cerca ...

Como católico, la conversión comienza naturalmente con el camino que conduce al sacramento de la Reconciliación; es solo después cuando comienza un recorrido que transforma la vida. No es

necesario discutir cuán importante y necesario es el sacramento de la Reconciliación si aún nos definimos como católicos. Sin embargo, otra cosa de la que estamos seguros es que todo camino debe llegar a su fin. Y la Virgen nos ha advertido que «Dios golpeará de una manera sin precedentes».

Pero entonces, por lo tanto, «no hay hombre sobre la tierra tan justo como para hacer el bien y estar libre de pecado todos sus días» (cf. Ecl 7,20), ¿por qué es tan importante este mensaje de conversión? Por muy grandes que podamos ser, no estamos exentos del pecado; sin embargo, una vez más, no basta simplemente con confesar nuestros pecados. Por lo tanto, al final de esta reflexión, echemos un vistazo al término hebreo que indica el verbo «pecar», es decir: ḥāṭāʾ.

El término ḥāṭāʾ, que obviamente es una expresión muy usada en nuestro Antiguo Testamento, significa literalmente «fallar o no alcanzar un objetivo o una meta». Por ejemplo, en Prov. 19:2: «quien se mueve con prisa con los pies pierde el camino»; o en Jueces 20:16: «cada uno podía lanzar una piedra a un cabello sin fallar». La frase subrayada en la traducción no revela la palabra específica utilizada, pero en el texto hebreo se usa la misma raíz: ḥāṭāʾ. Por lo tanto, pecar equivale también a fallar o desviarse del propio objetivo. En el pasaje del Génesis que acabamos de ver: «El pecado está a la puerta», se usa la misma raíz ḥāṭāʾ. Si, por tanto, pecar, fallar en alcanzar un objetivo y perder la meta son todas definiciones de la misma palabra, entonces ¿cuál es nuestro propósito u objetivo?

No sea que, habiendo realizado a lo largo de mi vida muchas cosas grandes y significativas y habiendo logrado muchos objetivos, o incluso siendo conocido por muchos y conociendo a muchas personas, al final sea precisamente a causa de algo que he considerado insignificante, algo que no he podido ver o reconocer en mí mismo (cf. Mt 7,3-5), por lo que termine fracasando como persona religiosa y como sacerdote. ¿Hay algo que deba cambiar en mí mismo? «Dios golpeará de una manera sin precedentes».

Al final, el objetivo de la vida humana es amar a Dios y amar al prójimo (cf. Mt 22,37-40). En este sentido, adquiere un significado más profundo el hecho de que Jesús «ha sido probado en todo como nosotros, pero sin pecado» (Hb 4,15). Durante toda su vida en la tierra hasta su muerte en la cruz, Jesús nunca pecó; de hecho, nunca falló en alcanzar el objetivo de amar a Dios —su Padre— y de amar a su prójimo —la humanidad. Esto es lo que Dios desea del hombre, y esto ha sido demostrado por Jesús, por lo tanto no es imposible para el hombre vivir sin pecado. No hay ninguna excusa, ni el hecho de que Jesús sea Dios, ni el hecho de que nosotros seamos solo seres humanos, débiles y frágiles. Jesús, verdadero hombre, ha demostrado que el hombre puede no pecar, y nos ha dado la fuerza para hacerlo: «Él os dará otro Consolador, para que permanezca con vosotros para siempre» (Jn 14,16). El Espíritu Santo es nuestro GPS y la fuerza que nos guía en el camino. A partir de esta verdad, el siguiente paso depende de nosotros mismos.

¿Qué significa, entonces, amar a Dios como miembro de los MSF? ¿Qué significa amar al prójimo como a uno mismo como miembro de los MSF? No es necesario responder a estas preguntas, pero es bueno volver y tener presente el mensaje de la Virgen de La Salette citado anteriormente, que constituye el punto de partida para la conversión. A través de cosas simples y pequeñas, a menudo consideradas insignificantes en mi vida cotidiana, ¿soy quizás irreverente, amante de los honores y de los placeres, infiel, siendo religioso, sacerdote, hombre de oración, hombre de Dios, hombre para los demás, etc.? (siéntanse libres de añadir otros términos maravillosos).

Entender que «pecar» es un fracaso o un paso equivocado en el camino de una persona hacia el destino final nos obliga por tanto a hacer šûb y a realizar la metanoia. El Espíritu Santo ya nos lo ha indicado (cf. Jn 16,8), pero nosotros elegimos de otra manera; no nos damos cuenta de que en

realidad he fracasado o he cometido un error, no soy coherente ni disciplinado con el estilo de vida que he elegido, pero pienso que estoy bien, y en cualquier caso está el sacramento de la reconciliación. Se me ha mostrado dónde están mis debilidades y mis errores, pero no he cambiado nada, o incluso he creado mi propio “camino”-“mentalidad” diciendo que el cambio es algo mío y que no es necesario que los demás lo sepan y lo vean. No olvidemos cuán amplias, vastas y profundas son las dos dimensiones que hemos visto juntos: la conversión no es simplemente una cuestión privada, sino que siempre se realiza en comunión: «Dad frutos dignos de conversión» (Mt 3,8) porque «por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20).

Como miembros de MSF, las preguntas «¿cuándo debería convertirme?» y «¿por qué debería convertirme?» ya no parecen ser relevantes para nosotros. La pregunta sobre la que quizá deberíamos reflexionar más es: ¿qué debo recuperar o cambiar en mi vida, a lo largo del camino de MSF? Estamos agradecidos de que, a través del mensaje de la Virgen, Dios nos haya mostrado nuestras debilidades; por lo tanto, ¿es urgente? Jesús dijo: «Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca» (Mt 3,2), ya que «¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si se pierde o se arruina a sí mismo?» (Lc 9,25). Entonces, ¿es realmente urgente y necesario cambiarnos a nosotros mismos sabiendo que el fin está cerca? ¿Estoy realmente en el camino correcto hacia la meta, o ese camino correcto es solo una sensación subjetiva mía? Que el Espíritu Santo nos guíe y nos fortalezca, que la oración de nuestra Madre Celestial nos ayude. Amén.